

ce, huid de asistir á los bailes provocativos, reprehended á quien os convida á ellos, y vereis como en breve se tienen ya por viles, é indignos en vuestros festines: no se conozcan en vuestras casas las tiernas demostraciones de cortejos, no oigan vuestras hijas ni aun su nombre, y se hará esta correspondencia reprehensible y vergonzosa. A esto os obliga la religion que profesais, el distinguido lustre que teneis, y la gloria de que sois tan celosos. Oh ¡y cómo pasará vuestro nombre con alabanzas inmortales de gente en gente, y de edad en edad! y ¡oh y cómo esto solo haria célebre en el orbe á la capital del nuevo mundo! Publicaria la fama que en Méjico la moda de vestirse es la modestia; que solo es alegre el baile honesto, y que ambos sexos se tratan con un cortes recato y urbanidad; pero evitando los peligros de toda amorosa correspondencia. Esto, vuelvo á decir, os pide la religion, á esto os exhorto en nombre de Jesucristo y esto os manda Dios para su mayor gloria.

## PLÁTICAS DOCTRINALES

### SOBRE EL AMOR DE DIOS Y DEL PRÓXIMO.

#### *Plática primera del amor de Dios.*

Sabia é ingeniosamente pensaba el primero que llamó al corazon símbolo y geoglífico del amor: lo que el corazon en el cuerpo es, señores, el amor en el alma: tan admirable aquel en la armoniosa corporal fábrica, como maravilloso este en la invisible disposicion del espíritu. Concíbese el hombre, dicen los naturalistas, y comenzando los primeros períodos de su vida por el corazon, los termina en la muerte por el mismo; siendo el corazon lo primero que vive y lo último que muere en nosotros. El es el manantial y origen de nuestra vida, vaso en donde se recibe y desde donde se reparte á todos los miembros del cuerpo la vital sangre que nos anima. El es el resorte y como el movíl que rige los exteriores é interiores movimientos de nuestra máquina. El por último la mas necesaria y por

ventura la mas maravillosa parte del cuerpo. Y si esto es en la vida corporal el corazon, no es menos singular en la espiritual el amor. Apenas nace el hombre y cuando no puede aun mostrar en el discurso el entendimiento que le adorna, comienza tal vez, valiéndose de las lágrimas por voces, á explicar aunque groseramente el amor para con la madre que le cria á sus pechos; crece, y desde luego empieza el amor á ejercitar el suave imperio que tiene sobre el alma avasallando asi todos los demas afectos. Como superior movil de los movimientos del espíritu él los rige, él los gobierna y él los hace servir á su dominio. Cuanto el hombre desea, cuanto apetece, cuanto anhela; ó ya aborrezca, ó ya aprecie, ó ya se entristezca, ó ya se alegre, adonde quiera que dirija sus intenciones allá le arrastra el peso de su amor, dice el gran padre San Agustin: *amor meus pondus meum est, amore feror quocumque feror.* Por eso, pues, si es imposible que un cuerpo viva sin corazon, no lo es menos que el alma goce la espiritual vida de sus afectos sin el amor.

Muerta está sin duda, carece de la mas dulce vida aquella alma que, adormecida y en un profundo letargo, no

siente los poderosos estímulos con que la bondad la excita al amor. Y si tendriamos por un monstruoso prodigio á un cuerpo que viviera sin corazon; ¿qué diremos de tantas almas vivas al parecer, pero del todo destituidas de amor? Mas he aqui que sin dejarme proseguir oigo ya á alguno que, no pudiéndose contener, me interrumpe con una reflexa. Mal principio, me dice, ha traído V. para su explicacion: ó no sabe lo que es mundo, ó pretende engañarnos á todos cuando nos dice que hay almas en el mundo que no sepan de amor ¿y qué otra cosa es el mundo sino una universal escuela en donde parece que no se aprende otra facultad que la de amar? Si registramos lo interior de las casas ¿son otra cosa las conversaciones y las visitas que centellas ardientes con que pretenden los juvenes encender los fuegos del amor en los corazones de las doncellas aun mas honestas? ¿se ve otra cosa en los paseos, en los teatros, en las diversiones públicas sino incentivos al amor? ¿qué otra cosa mas se oye en esas calles que canciones fomentos de amor? Y lo que es mas ¿aun en los mismos templos no se advierten las risas, las conversaciones buscando aun en el lugar mas sagrado ocasiones, que

tal vez no se logran tan oportunas en otra parte, ó para grangearse ó para conservar el amor? Luego, si esto es así, se engaña quien piensa que hay almas en el mundo que no viven porque no aman. Ojalá pudiera yo desmentir á quien así mudamente me interrumpe y coavencer su refleja de falsa; pero no os engañéis: ese furor, esa pasión, ese delito, ese vano entretenimiento que al fin, al fin conduce al alma á su infernal ruina; ese que llamáis amor que en la realidad no es otra cosa que una pasión delincente, una esclavitud al demonio, un lazo de que se ha valido el infierno para perder con unas apariencias inocentes á muchas almas, no es el amor de que he de trataros en estas tardes; hablo solo de aquel amor que solo merece llamarse tal, suavisimo peso que arrastra el alma á Dios; bienaventuranza anticipada, estrecho lazo que une á la criatura con el Criador, don soberano, fomento y compañero de la gracia.

De la gracia, si os acordáis, os hablé el año antecedente haciéndoos conocer su soberanía y excelencia que exalta al alma á un ser y grado divino. Y si es en los hijos como natural condicion la inclinacion de amar á los padres, y un dulce afecto con que la naturaleza los impele á amarlos;

es tambien en los hijos de Dios por la gracia soberano don que la acompaña el del amor de Dios, ó la caridad. Dos géneros de caridad, dice el doctor angélico Santo Tomas, y con él los doctores todos, se pueden distinguir en la alma. La una, que llaman infusa ó habitual, no es otra cosa que una sobrenatural inclinacion, un don que infunde Dios en la alma del justo, que la inclina, la alienta y le da fuerzas para amar al sumo bien, á lo que por sí solo jamas alcanzaria el hombre. Esta es aquella preciosisima joya, que como inseparable compañera de la gracia se infunde juntamente con ella, ya en el bautismo, ya despues de perdida la gracia por el pecado cuando se recupera por la penitencia. El otro género de caridad no es otra cosa que el mismo ejercicio de amar, ó aquel actual amor con que se ejercita la voluntad en el aprecio de la suma é infinita bondad de nuestro Dios; esta segunda, pues, es de la que singularmente habla el catecismo cuando pregunta ¿qué cosa es caridad? y responde, es amar á Dios sobre todas las cosas, y al próximo como á nosotros mismos. Soberano ejercicio, dice alguno al oír solo la breve esplicacion del catecismo; pero este amor de Dios, suma de las perfecciones,

se quedó allá para las almas de encumbra-  
da virtud, para los religiosos austeros, pa-  
ra las monjas recogidas, para aquellos fi-  
nalmente que gastan lo mas del dia en  
celestial contemplacion; pero á una des-  
dichada muger cargada de familia, de hi-  
jos y de miserias; á un hombre continua-  
mente afanado en los comercios, en los  
negocios, en el manejo del caudal para  
sustentar sus obligaciones ¿qué tiempo,  
qué lugar, qué proporcion le queda para  
una tan perfecta virtud? A no saber, se-  
ñores, que este es un error comunísimo á  
muchas personas, creeria que el que así  
piensa, ó no tiene entendimiento ó carece  
de fé. Porque ¿quién sino un pagano  
podria dudar que el amor de Dios obliga  
sin distincion á todos quando el mismo  
Dios, no contento con haber inspirado á  
nuestros primeros padres en la ley natural  
esta obligacion, quiso en la escrita poner  
á la frente de sus mandamientos, como el  
primero y principal de todos este, amarás  
á Dios? ¿Quién sino engañado con la ig-  
norancia mas torpe podrá dudar que á to-  
dos obliga este amor, quando el mismo  
Jesuscristo nos asegura que de es el má-  
ximo de sus mandamientos y quando  
nos enseña que el principal motivo de  
haber venido á la tierra á conversar con

los hombres fué por enseñarles á amar y  
para encenderles en sus corazones este  
fuego divino de la caridad: *Ignem veni  
mittere in terram et quid volo nisi ut ac-  
cendantur?* Pero aun quando el Señor no hubiera  
querido tan espresamente enseñarnos este  
mandamiento ¿no tenemos, señores, en  
nuestro corazón impresa la ley de este  
amor en aquel peso, en aquella inclina-  
cion que aun en medio de una vida la  
mas desarreglada nos arrastra á amar á  
Dios? ¿Qué inquietudes, qué sobresaltos,  
qué amargura no se derraman en el fon-  
do de nuestro espíritu mientras no colo-  
camos en Dios el corazón? Por mas que  
como hidrónicos queramos apagar la sed  
de nuestra alma con el agua de los plae-  
res, de las riquezas, de los honores,  
siempre mas y mas sedientos corremos  
inquietos á buscar en otra parte el sosie-  
go. Gime el poderoso, suspira el entre-  
gado á los placeres, se lamenta el ambi-  
cioso de que ni en las riquezas, ni en los  
placeres, ni en los honores han encontra-  
do el reposo que buscaban. ¿Qué es esto?  
Que ha de ser, dice el gran padre San  
Agustin, el Dios el centro de nuestro co-  
razon, y como la piedra no descansa has-  
ta que baja á la tierra, como el hierro á

vista del iman no sosiega hasta abrazarse con él, como la aguja está en un inquieto movimiento hasta mirar al norte; así el corazón del hombre se despedaza inquieto hasta no colocar su amor en Dios. Si, que tiene nuestro corazón un vacío tan inmenso que jamas se podrá llenar. Desafiad con seguridad á cuantos en el mundo ó se llaman felices, ó se precian de gozar una vida quieta y descansada. Y desde los reales palacios hasta las chozas mas despreciables no encontrareis sino inquietud y anhelo. La posesion de aquellos bienes por los que á costa de infinito trabajo hemos desentrañadosnos, en llegando á conseguirse es tan amarga en su goce como era dulce en la esperanza. Yo tendré sosiego, dice el comerciante, si llevo á establecer aquel comercio, á concluir felmente aquellas cuentas; llególo á conseguir, y ¿qué ha logrado? nuevo anhelo é inquietud nueva. Que descansó he de tener, dice el literato, si llevo á conseguir aquel puesto; lo consiguió, y ¿qué experimenta? vacío aun todavía el corazón é inquietud nuevo por mas. Que quietud será la mia, dice la otra doncella, si en un santo matrimonio logro en un buen marido el remedio de la necesidad que me allige ase-

gurando el preciso sustento; lo consiguió, ¿y qué ha hallado? nuevos cuidados, nuevas fatigas é inquietudes sin término. Igualmente se queja un Alejandro, en el colmo de la felicidad y la grandeza, llorando tan solamente por no tener un Homero que celebre sus glorias; como se lamenta un triste mendigo de no hallar un pan con que alimentarse; y no menos se quejaba el mas sabio de los reyes Salomon, despues de haber corrido libremente por el campo de los mas deliciosos placeres, de no haber encontrado en ellos sino amargura y espinas que le punzaban hasta el fondo del alma; que lo que suspira un pobre oficial de verse precisado á comer un pan amasado con el sudor de su rostro. Desmentidme, señores, si no es así, y si ello es así, como lo experimenta en sí mismo cada uno de nosotros, como en los demas los oímos y los vemos todos los dias, y lo que es mas, como el mismo Dios nos lo asegura, debeis concluir que esto no depende sino de aquella fuerte inclinacion que tiene el corazón al sumo bien, de aquel inmenso peso que nos está poderosamente arrastrando ácia Dios para colocar en él solo nuestro amor.

O amor dulce, amor suave, amor

tranquilo en quien solo se encuentra el sosiego, el reposo! ¡O amor que en medio de las enfermedades, de la pobreza, de la deshonra y de los mas rigurosos tormentos has sabido mantener llenos de dulzura y de consuelo los corazones de tantos varones justos y de tantas santas mugeres! Bien está, dice alguno, para mí que soy cristiano católico y que sé muy bien los mandamientos no era necesario tanto para persuadirme á que estoy obligado á amar á Dios con un amor de verdadero aprecio. Sé tambien, porque lo he oido predicar muchas veces, que segun el testimonio del Apostol San Pablo aunque yo tuviera una fé la mas viva tanto que secara los mares, que trastornara los montes, que resucitara los muertos, que aunque mi esperanza fuera la mas firme, mi liberalidad tan benéfica que sustentara los hospitales todos, que por último aunque fuera un modelo de todas las virtudes si me faltaba la caridad y el amor, nada era á los ojos de Dios. Todo esto bien lo sé, pero como es tanta mi tibieza y fragilidad que no puedo estarme ejercitando todo el dia en actos de amor de Dios, querria saber en que tiempo me obliga este precepto á tener este amor. ¡Oh qué punto este, señores, tan impor-

tante y en que vemos tan poco cuidado cuando hay algunos á quienes se les han pasado los 20, los 30 y quiza los 70 años sin haber advertido esta obligacion. Pero porque en una materia de tanta gravedad en que va la eterna salvacion es conveniente separar lo cierto de lo dudoso: escuchad lo que en este particular ha declarado la iglesia santa.

Bien podria yo traerlos el parecer de muy sabios y santos doctores que afirman, que todo racional luego que raya en su entendimiento la luz de la razon: luego que libre de las sombras de la niñez comienza, como en un claro dia, á conocer la mano poderosa de su hacedor, la amabilidad infinita de su Dios está obligado á amarle, tanto que peca gravemente si advirtiendo esta obligacion no cumple con ella. Y á la verdad, si es acreedor el labrador que con el sudor de su rostro, el trabajo de sus manos, y á espensas de su caudal ha sembrado, regado y cultivado su campo á coger los primeros frutos de él ¿por qué el Señor que como oficioso labrador nos dió un ser racional, nos le conserva con el sudor de su sangre regó la esteril tierra de nuestros corazones: porque digo, ¿á este Señor no se le han de dar los primeros frutos de nuestra alma,

las primicias de nuestro corazon en un amor de aprecio y estimacion? Pero porque esta obligacion les ha parecido á otros doctores no menos graves demasado dura, y no haber hasta ahora nuestra madre la iglesia advertidonos semejante ley, pasemos á lo que no tiene duda. Estamos, pues, indispensablemente obligados á hacer actos de amor de Dios siempre que nos viéremos en peligro de perder el alma sino tenemos otro medio de libertarla: cual sería la desdichada suerte del que estando en culpa mortal le sobreviniera la muerte sin tener confesor. Este estaba obligado á hacer entonces un acto de fina contricion y de verdadero amor de Dios. Esta es, señores, cierta obligacion y este el recurso último de aquellos insensatos pecadores á quienes cuando se les representa la incertidumbre de la muerte, la contingencia de no tener proporcion en aquella hora de confesarse responden muy satisfechos: haré un acto de contricion, haré un acto de amor de Dios. Singular maravilla: si á semejantes hombres se les persuade en vida que amen á Dios, al punto las dificultades, al punto las excusas, que este es un amor muy difícil, que pide mucho sosiego, que es menester retiro. ¿Y estos mismos sin

haberse jamas egercitado en semejantes actos confiar que en la hora de mayor riesgo, entre mortales congojas, entre los temores de una cercana eternidad harán un acto de amor de Dios? Pensadlo allá vosotros que yo paso adelante. Estamos tambien obligados á hacer actos de amor de Dios, siempre que nos vemos combatidos de alguna grave tentacion, que de otro modo no venceremos sino amando al bien sumo. ¿Y solo en estas ocasiones hay semejante obligacion? No; que á mas de ellas estamos obligados á amar: ni basta solo amar una sola vez en la vida ni dilatarlo tanto que se pasen cinco años sin hacerlo. Y bien: ¿pues cada quando? Esto es lo que ni yo, ni otro alguno os sabrá determinar ciertamente. Si lo dilatais mas de cinco años gravemente pecais: si en ese espacio de tiempo lo haceis muy de tarde en tarde, os esponeis á un grave riesgo de pecar. No resta, pues, otra cosa que egercitarlo con la mayor frecuencia. Y ¿qué os parece de esta obligacion á vosotros principalmente, señores padres y madres de familia? ¿Cuantos de los que me oyen jamas han advertido este precepto, y cuantos (creeré que son los mas) no han tenido el cuidado de instruir en este punto á sus hijos? Tanto

cuidado en enseñar á la doncellita el modo de manejar con aire el abanico, tanto cuidado en que se prendan á la moda, tanto celebrarles aquellos dichos agudos, tanto anhelar en que el jovencito haga una cortesía con donaire, que mida los pasos, que se maneje con sal en las conversaciones; y tan poco desvelo en enseñarles una cosa, de cuya ignorancia depende muchas veces su eterna condenación ¡oh que desde luego, dice el gran padre San Bernardo, no sois sus padres; sino sus homicidas: *non estis parentes; sed perentores.* ¿Qué menos podía pedirnos el Señor á quien todo se debe que de cuando en cuando levantemos ácia él el corazon amándole, cuando podia pedir justamente que no se nos pasara momento alguno sin amarle? ¿Y qué mucho haríamos en amar sin cesar á un Señor, centro hermoso de nuestros corazones, descanso cumplido de nuestras almas, á un Dios que desde la eternidad hasta ahora nos ha estado amando en una caridad perpetua? ¿A un Dios que por amarnos nos dió el ser y la vida y aun se nos dió á sí mismo? ¿A un Dios que nos paga un amor ratero é imperfecto con amor infinito? ¡Oh corazones verdaderamente ruines y apoçados! Hay amor para los ami-

gos, le hay para los parientes, le hay para los bienhechores, le hay aun para los que pretenden nuestra perdición, y no hay una centellita de amor para el hermoso, el amable, el conjunto de toda hermosura y amabilidad. ¿Y cómo puede ser, gritaba absorto el inflamado espíritu de un Felipe Neri, que quien cree en Dios y le conoce pueda amar otra cosa que á Dios? ¡Oh! Señor, solia quejarse entre suspiros amorosos, si eres tan amable, y además de eso nos mandas que te amemos, ¿para que nos diste un solo corazon y ese tan pequeño? Ya no me admira que buscando por dondè respirar este fuego que ardia en el corazon de Felipe impetuosamente le reventara una de las costillas como que era pequeño el buque de su pecho para abarcarlo. Ya no me espanto que un Luis Gonzaga necesitara que en el mas rigoroso invierno le aplicaran paños mojados en agua helada para moderar el incendio de amor divino que le abrasaba las entrañas: que un Xavier sin poder así sufrir el suave deliquio que causaba en su espíritu el amor, clamara: basta, Señor, basta. Solo me espanta la mezquindad de nuestros corazones á quienes ni el amor infinito de Dios, ni sus incomprendibles beneficios, ni su vida



y su muerte, ni su sangre derramada hasta la última gota para nuestro remedio han bastado á ablandarnos. Pues volved, os diré con el profeta, volved prevaricadores al corazón: *redite prevaricatores ad cor*: oid los golpes con que incesantemente os llama y os convida el Señor á amarle. Examinad dentro de vosotros mismos esa inquietud perpetua con que hasta ahora no habeis hallado el menor reposo en los bienes perecederos de la tierra, señal la mas clara de que solo en el amor de Dios hermosísimo y amabilísimo se encuentra el sosiego, el descanso y la gloria.

*Plática segunda del amor del prógimo.*

Entre los infinitos males que oprimen á los hombres, entre los justos castigos con que suele el Señor de las venganzas descargar sobre el género humano el azote de sus iras, no hay duda que de los mayores es el de la guerra. Ella destruye las ciudades, las provincias, los reinos; ella consume las familias, agota los caudales, y enemiga capital de la vida, no saciándose con la sangre humana que derrama, lleva su furor hasta lo insensible. La peste, la hambre, la pobreza son hi-

jas de su furia, todo lo asola, todo lo consume, al estruendo suyo descaecen los comercios, se adormecen las letras, dominan los vicios y faltando la dulce y suave tranquilidad de la paz todo es inquietudes, todo temores y todo miedo. Por eso sin duda el sabio y santo Rey David cuando se vió obligado á elegir uno de tres males para su egército, ó hambre, ó peste, ó guerra, escogió ántes ver morir muchos millares de soldados á una violenta peste, que experimentar en la guerra juntos todos los males. Mas qué ¿pensais, señores, que esta guerra tan temible es solo aquella que al ruido de las armas, al estruendo de los mosquetes se forma entre los soberanos interviniendo de una y otra parte con armados egércitos, las espadas, la pólvora y las balas? Nada menos; sin tanto ruido, pero con mas estrago, lloramos en el mundo los lastimosos efectos de guerras domésticas, que sin otro campo que una casa particular, sin mas armas que la lengua, de una á otra persona, de una familia á otra se da la mas cruel y cruda batería. Ya conocéis que hablo de las particulares enemistades, del odio del prógimo, muerte de la caridad. Casi, señores, cuantos males se lloran, y aun no se lloran bastan-

tamente en el mundo, dependen de este infeliz principio de la falta de caridad. Llegaremos á penetrar los interiores de una casa y en ella veremos, como sangrientos leones, que el padre sin perdonar al hijo, el marido á la muger, el amo al criado se despedazan y consumen en mortal odio. ¿Cuántos en esas calles se saludan amigablemente, y bajo una fingida risa ocultan el veneno de un mortal odio? ¿Cuántos se abrazan hermanablemente mientras el uno al otro se están trazando el modo de perderse? ¿Cuántos sin usar de las espadas son enemigos en los palacios, en las escuelas? ¿cuántos en las oficinas? ¿cuántos enemigos en las visitas y cuantas enemigas aun en los estrados? Y de aquí ¡oh qué males, qué pecados y qué condenaciones!

Esta guerra, pues, la mas temible, la mas peligrosa; esta guerra, causa de la perdida del género humano en lo temporal y mucho mas de las almas en lo espiritual, es la que vino á desarraigar del todo aquel Dios de la caridad en cuyo nacimiento anunciaron los ángeles á los hombres la paz: *et in terra pax hominibus*. Para eso queriendo el Señor que la paz se firmara con su misma sangre, que se concluyera con la muerte del mismo

que mediaba: oíd el principal artículo sobre que quiso estribara esta paz: amad á vuestro prógimo como á vosotros mismos. Hemos ya visto como primer fruto de la caridad el amor de Dios sobre todas las cosas, síguese ahora el otro, no menos soberano, el amor de nuestros prógimos. Esta es la celestial doctrina que casi á cada página nos enseña Jesucristo en su evangelio; esta la que con sus obras desde un miserable portal naciendo hasta una afrentosa cruz en que muere mostró con las obras; este el principal fin de su venida; este en una palabra el colmo de la perfeccion, el lleno de la ley, el vínculo de la gracia: *plenitudo legis es dilectio*. Ahora bien, si es tanta, tan rigurosa la obligacion de amar á nuestros prógimos; ¿quiénes son los que se entienden por nombre de prógimos, y á que amor nos obliga este precepto? Por el nombre de prógimos, dice el Apostol San Pablo, desde que Jesucristo vino á derramar su sangre sin distincion ni reserva por los hombres, todos se entienden, no solo los parientes, los amigos, los paisanos, sino sin diferencia alguna los hombres todos. La caridad que no mira lo que las personas son en sí, sino á Jesucristo universal Padre, no distingue de calidades, no antepone paren-

tescos, no reconoce caudales, no aprecia paisanages: *non est Gentilis et Judæus sed omnia et in omnibus Christus.* Es miserable aquel desdichado esclavo á quien su desdicha le ha reducido á tal miseria: es el otro un triste mendigo cuyos sucios andrajos no pueden verse sin horror: es aquel ó lascivo, ó maldiciente, ó necio; es de tan malas costumbres que ha llegado á ser el escándalo de la ciudad: no importa en todos hemos de mirar á Jesucristo amándonos á todos como á nosotros mismos. Oh caridad divina donde te has retirado! Gime aquel miserable esclavo que tratado de su amo con improperios, con desyos, con gritos y aun con golpes no sabe hasta ahora lo que es una mirada amable: llega el necesitado á nuestras puertas, y despedido con amargura sin llevar el consuelo de un socorro, lleva demás de su pobreza otro nuevo desprecio que llorar: y entiendo tanto el otro por paisano se atiende y se prefiere aun más de lo justo; aquel por compañero de la maldad se ama sobre el exceso, la otra por una hermosura vil y de polvo disfruta el caudal. No; no: *non enim est distinctio Judæi et Græci.* Errais, errais que la caridad no distingue de personas; todos para quien ama según Dios son igual-

mente amables en Jesucristo: *sed omnia et in omnibus Christus.* Y si todos se deben así amar; qué calidad de amor se nos manda? Nos dice Jesucristo, debéis amarlos aunque sean vuestros enemigos con un amor de verdadero aprecio, debéis siempre que se proporcione hacerles bien, debéis rogar por ellos, aun si lo pidiera la necesidad de su alma dar por ellos la vida. *Diligite inimicos vestros.* Este es aquel soberano precepto que entre todos se debe llamar el precepto de Jesucristo, este es el caracter del cristianismo, este el que con tanta gloria á imitación del Redentor del mundo practicaron entre los tormentos de las parrillas, de las catastas, de las espadas tantos gloriosos mártires pidiendo, rogando con amor por sus mismos verdugos. Porque ¿qué haceis, exclama Jesucristo, si saludais, si amais á vuestros paisanos, á vuestros amigos y allegados? ¿No hacen lo mismo los paganos, los gentiles sin la luz de la fe y sin conocimiento de la ley de Jesucristo?

Lo que Jesucristo os ha mandado es que sin distincion alguna ameis á todos, que si os porrecen los apreciéis, que si os ofenden les hagais bien, que si os hacen daño roguéis por ellos. Todo eso hago yo, gracias á Dios, se está diciendo á sí

mismo alguna persona muy satisfecha de su virtud. A mí me han ofendido y agraviado hasta llegar á mi caudal y mi honra: yo á esas personas no las aborrezco, antes bien las aprecio en mi corazón, ruego á Dios por ellos, y les deseo todo bien. Aunque no le hablo la quiero, aunque solemos tener algunas concurrencias y, ó no la saludó, ó la saludó con un género de ceño y amargura, que todos conocen nuestra quiebra; pero interiormente, ni le deseo mal alguno ni la aborrezco. Y bien: ¿quiénes son esas personas que así se manejan? son dos hermanas que ha mucho tiempo no se visitan: son madre é hija que años ha no se saludan: son dos que siendo antes estrechos amigos andan desavenidos sin hablarse, ni aun hacerse una amigable cortesía. Y ¿qué motivos hay para tan escandalosa mutación? Es que siguen un pleyto sobre intereses, no han podido avenirse á ajustar unas cuentas: es que casó la hija á disgusto de los padres, y es, lo mas digno de compasión, que doña fulana no le dió parte á la otra de su boda, no le pagó su visita, no la convidó para su Cincion. ¿Se creería esto, señores, entre cristianos, si no se viera? Cosas de que los gentiles mismos se burlan y mofan, son motivo á los ca-

tólicos para quebrantar un precepto tan soberano, para escandalizar á la ciudad para condenar su alma? ¿Y qué remedias, madre insensata, con negarte así á las obligaciones de la misma naturaleza, porque casó la hija á disgusto tuyo? ¿Qué remedias hombre del pleyto que sigues con dejar de saludar al otro, y desdeñarte de ser discípulo de Jesucristo? Yo bien sé que las salutations y cortesías no son necesarias para tener verdadero amor: pero si estas demostraciones faltan en los padres, en los parientes, en los que públicamente eran conocidos por amigos es preciso usar con ellos de todas estas señales comunes, que no se niegan á los demas. Dura ley, dice alguno, sería para eso necesario no tener carne y sangre ¿qué me ofendan, y yo los ame, que cuando me traten con desprecio les hable con alhago? ¿y mi honra, y mi pundonor, que se dirá de mí en el mundo? Me tendrán por un hombre cobarde, vil, y de un espíritu apocado. Decis bien: yo os doy los parabienes de que esteis tan revestidos de pundonor tan acomodados á esas máximas que jamás del bello mundo, y entre tanto las leyes de Jesucristo, las máximas del evangelio despreciadas por un vano motivo de honor, por un fantasma

ridículo del que dirán. Sin duda no ignoraba la suma sabiduría del Salvador cuando lleno de autoridad nos manda á todos que amemos sin diferencia á todo próximo, aun los mayores enemigos: no ignoraba, digo, que eramos hombres de carne y sangre sujetos á los violentos transportes de una ira desarreglada, frágiles, y que como debilísima paja nos dejamos jugar y mover por los vientos de nuestras pasiones. Y despues de todo el Señor, cuya ley suavísima no nos obliga á imposibles, pronuncia severísimamente que no será digno de su amor, que no alcanzará perdón quien no ama y perdona á sus enemigos: *si autem non dimiseritis :: nec pater vester dimittet vobis*. Andaos ahora corazonos llenos de rencor, vasos de veneno dorados por fuera con engañosas apariencias, andad buscando disculpas á vuestra fragilidad en que sois hombres compuestos de carne y sangre. Hombre era compuesto de carne y sangre un Pablo, y en algun tiempo, mas sañudo que un leon rugiente, solcito por sacrificar á su ira los cristianos: hombre era de carne y sangre un Esteban: hombre de carne y sangre un Juan Gualberto: hombres de carne y sangre infinitos otros, que arrojando todos esos imaginarios respetos de un ho-

nor mundano, buscando solo la verdadera honra de imitar á Jesucristo supieron perdonar, supieron amar y aun llegarse á postrar humildes á los pies de sus crueles enemigos.

Pero ¿qué ando buscando egemplares y motivos superiores para convencer un amor tan solemne, tan espresamente mandado por el supremo Legislador? Yo pretendo con un nuevo motivo no solo persuadiros, sino obligaros á un amor que os parece tan difícil y tan repugnante á la inclinacion: y para esto me atrevo á aseguraros, no ya valiéndome de las eternas promesas y bienes que en el cielo se nos prometen, sino atendiendo á nuestro amor y á la comodidad temporal, que este amor universal de todo prógimo es en lo temporal el mas conveniente. No penseis que os he traído alguna paradoja con que pretendo alucinaros; aplicaos seriamente. Los mas de los males que nos oprimen en esta vida tienen su origen de nuestros mismos prógimos. Y comenzando por el primero, que es la deshonra, esta se forja en el pecho del que nos quiere mal sirviendo despues la lengua de sucio pincel que nos denigra: la calumnia, el improprio, instrumentos del deshonor, no tienen otro principio que á nuestros mismos herma-

nos: las muertes, las heridas, los golpes no son otra cosa que desahogos del odio; deshonra este á aquel porque le aborrece, busca uno á otro para quitarle la vida porque le quiere mal. Los engaños, los fraudes, los dolos, aquellas que llamamos zancadillas políticas son males que nos vienen de los prógimos. Pierde uno su caudal porque el otro ó le obligó á pagar una fianza, ó no le satisface lo que le debía; ó se ausentó con una gruesa cantidad: de aquí los embargos, la carcel, la quiebra y la destruccion de una familia. ¿Que me canso? el adulterio, el hurto, el homicidio, el testimonio falso que no solo en lo espiritual son la muerte del alma sino que en lo temporal acarrear los daños, las miserias que lloramos, todos nacen de nuestros prógimos. Ahora por el contrario suponed que hubiera una ciudad en que los hombres todos sugetándose á este divino precepto se amaran mutuamente unos á otros como á sí mismo: que cada uno mirara al otro como si fuera él mismo, y que por consecuencia forzosa de este amor no le deseaba daño, antes bien le procuraba todo bien. Ya se ve que en esta dichosísima ciudad no se conocerian la deshonra ni el hurto, como que amándose todos como á sí mismo

nadie es tan ignorante que quiera deshonrarse á sí propio ó hurtarse sus propios bienes. Allí no se sabrian ni los nombres del engaño y la trampa; infinita seguridad en los comercios, ningun temor de perder los caudales; estaria desterrada la mentira; ignorado el adulterio, no se espermentaria otra muerte que la que llamamos natural: ociosos serian los tribunales de justicia donde nadie haria daño á otro, donde no podian escitarse pleitos y discordias: todo seria paz, todo tranquilidad, todo regocijo, todo gusto. Y ¿de dónde tanto bien? solo de la caridad porque todos se amaban unos á otros como á sí mismos. Esta ciudad seria un retrato del cielo, una semejanza de la gloria. Y ¿quién habria que no renunciara cuanto hay de mas amable por ir á vivir en aquella ciudad una vida de ángeles? Oh, señores, que esa no es una ciudad imaginada: México, en donde vivimos, puede con solo que queramos ser esa ciudad que os he pintado. En nuestro querer está sin mas costo que el de nuestra voluntad amándonos unos á otros, apreciándonos sincera y verdaderamente como á nosotros mismos. Y que decis ahora ¿es la ley de la caridad repugnante á la naturaleza ó ántes muy acomodada á su in-

clinacion? ¿Hace violencia á la carne y á la sangre, ó ántes bien hallan en ella la carne y la sangre con los bienes temporales vinculada su comodidad? ¿Es menester como deciais ser unos santos, ó ántes nuestro mismo amor propio para la mayor quietud la debe apeteecer? Con razon esclama el Apostol San Juan, que el que no ama á sus hermanos vivie muriendo, ó permanece en la muerte: con razon nos asegura que el que aborrece á su prógimo camina entre densas tinieblas ciegos sus ojos á la luz; muerte, tinieblas en su alma y aun muerte del cuerpo cuando lleno de hiel, cubierto de amargura ya se enciende, ya como tempestuoso mar arroja espumas no fabricando en su corazon sino rencorés, llena su fantasia de muertes, de venganzas y de castigos. Concluyamos por último: y si el amor del prógimo es el caracter del cristiano, si sin este amor las demas virtudes no aprovechan, si el perdon de nuestros pecados está vinculado al perdon que daremos á nuestros hermanos, si no obstante los vanos pretestos de las fantasmas del honor y el que diran en el amor del prógimo se halla el reposo, la quietud y aun la comodidad temporal: amaos fieles unos á otros: *diligite alterutrum*: amaos unos

á otros, que era la única doctrina que repetia San Juan á sus discípulos, que en solo este amor hallareis el consuelo, la tranquilidad, la gracia y la gloria.